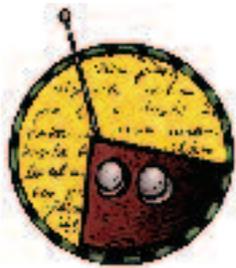


De la aldea local... a la aldea local. Sonidos, palabras, medios



La globalización de los medios obliga a escritores, locutores y comentaristas a adquirir una mayor conciencia de la lengua que comparten, a incluir variedades, a enriquecer la lengua con lo propio y lo ajeno, y a no imponer un solo modelo.

Raúl Ávila

LA ALDEA LOCAL Y LA ALDEA GLOBAL

Hace ya algunos años hice una excursión al cerro de La Cruz, la montaña casi mítica de mi niñez, desde la cual se ve el pueblo donde nací, aproximadamente a 350 kilómetros al norte de la ciudad de México. Cuando iba por una planicie vi a unos campesinos que estaban sembrando. Tenían encendida una radio de pilas. Como pasé cerca del aparato, escuché lo siguiente:

Desde el helicóptero informamos que hubo un accidente en el Anillo Periférico Sur, por lo que la circulación se mantiene a vuelta de rueda. A estas horas el tránsito de la ciudad [de México] es muy pesado. Seguiremos informando.

Seguí caminando y, un poco más adelante, me detuve en un caserío para tomar agua. Estaba

descansando cuando escuché una voz muy profesional que salía de una de las chozas (*jacales*, les decimos en México):

La señora Echegaray, fallecida en un accidente de tránsito, ha dejado una enorme fortuna a su nieta Claudia. Ella no lo sabe, pero sí Ernesto, su pretendiente, quien le propone matrimonio. Daniel, quien también ama a Claudia, se ha dado cuenta de las malas intenciones de Ernesto. ¿Logrará este hombre apoderarse del dinero? ¿Claudia escuchará finalmente a Daniel? No se pierda “La heredera”, todas las tardes a las 6 por este canal.

En esos jacales con techos de paja, paredes de barro y piso de tierra viven personas cuya lengua es el náhuatl, el idioma de los antiguos aztecas y otros pueblos. Todos ellos van por agua a un manantial cercano. Las mujeres usan leña para cocinar y muelen el maíz en un molino manual o en un metate (el metate es una piedra plana, rectangular y ligeramente cóncava. Sobre ella se muelen los granos con un rodillo.). Hace poco tiempo que tienen luz eléctrica en sus casas. Esa gente, ciertamente, comprende un poco el español, y lo va a tener que usar cada vez más, en desmedro de su lengua materna. El español hablado, como sabemos, penetra hasta los más apartados rincones a través de la radio y la televisión.

Cuando yo era niño la electricidad era un artículo de lujo. En mi pueblo, cabecera del municipio, sólo había luz eléctrica de las 6 de la tarde a las 6 de la mañana del día siguiente –si es que no “se iba” por alguna avería del motor de gasolina que la generaba. Por cierto, la “planta de luz” –o sea, el motor– era propiedad de un español que se pasaba las tardes jugando dominó en la cantina (el bar) de (...ejem) de mi padre. Cuando se cortaba la electricidad, nunca faltaba que alguno de los que estaban ahí le dijera algo como: “don Alfredo, lo buscan en su oficina”.

En lo que toca a los medios de difusión, información o comunicación masiva, en mi casa había un aparato de radio que –de conformidad con el horario de la “planta”– se encendía en punto de las 6 de la tarde. El aparato recibía la señal de algunas estaciones de la ciudad de México gracias a un cable de unos 10 metros de largo que servía de antena y que se extendía elevado a lo largo del techo de lámina de metal, que era el que se acostumbraba poner en las casas de los que tenían recursos.

Vi la televisión por primera vez en la ciudad de México –donde estaba estudiando y donde aún vivo–, a principios de los años cincuenta del siglo pasado, en la casa de un vecino que, como otros, cobraba por entrar a su sala, convertida en cine, a ver los programas. A mi pueblo la televisión llegó a finales de esa década, con un solo canal, cuyo monopolio se rompió unos 35 años más tarde, cuando se inició la televisión por cable a la que, por supuesto, se tiene acceso mediante pagos mensuales. La televisión y los videos ocasionaron que cerrara el único cine que había por esos rumbos de la Huasteca. Ahora hay varios negocios que rentan videocintas con películas de todos colores –blancas, amarillas, rojas. Los videos, junto con la televisión, están mostrando algunos usos y tipos de relaciones diferentes a los acostumbrados, que probablemente cambien.

Actualmente, mi pueblo –Tamazunchale, San Luis Potosí– se ha vuelto ciudad, de tanto crecer. Ahora se puede escuchar radio en los rincones más apartados del municipio, desde las orillas de los arroyos y los ríos hasta las cimas de las montañas. Los aparatos de radio, gracias a que funcionan con baterías y son cada vez más baratos, se encuentran por todas partes. La televisión es menos ubicua, pero cada vez se extiende más. Incluso se reciben las señales de satélites a través de antenas parabólicas que han cambiado la fisonomía de los techos de las casas, ahora de losa de concreto. En algunos jacales, por cierto, también tienen ese tipo de antenas, pero las colocan afuera, sobre el piso. Muchas de esas antenas, conviene decirlo, sirven para ver algo más útil: los programas de secundaria por televisión.



Ya en este nuevo siglo, Tamazunchale está ligado al mundo a través de internet. La gente, animada por la cada vez mayor abundancia de computadoras –para usar el término más general, que compite con el también usual *computador* y el minoritario *ordenador*– ha aprendido, para empezar, mecanografía, porque requieren esa habilidad para redactar faxes –que han sustituido a los telegramas– y cartas electrónicas –que han sustituido a las tradicionales y poco a poco van desplazando al fax. Afortunadamente, los medios no han podido cambiar el clima tropical de mi tierra donde, además, se mantienen la música, las canciones folklóricas y la tradición culinaria. El cerro de La Cruz también se mantiene, pero coronado por una antena retransmisora. Como ya hay luz eléctrica las 24 horas del día y la carretera de *terracería* –mexicanismo para “camino sin pavimentar”– pasa a unos cuantos kilómetros de la cima, se fueron los fantasmas, los duendes y las brujas.

La televisión también ha ayudado a espantar a esos seres fantásticos y los ha sustituido por otros que ha universalizado al meterlos en las pantallas. Lamentablemente esos seres televisivos ya no tienen alas de *petate* (estera) ni patas de *guajolote* (pavo), como las brujas que yo pude imaginar porque me hablaban de ellas por todas partes, sobre todo en la noche. Tampoco hay animales que protegen a los niños desde su nacimiento, como los *nahuales*; ni duendes que se suben en las ancas de los caballos cuando los jinetes viajan en la madrugada; ni “ogados” que están al acecho de los que cruzan los vados de los ríos bajo la luz de la luna, para ahogarlos y tenerlos de compañía. Todo esto, según parece, está causando una pérdida de identidad a mis paisanos: los está alejando de su magia, está encajonando su imaginación.

Por otra parte, ahora todo el mundo sabe dónde queda el Golfo Pérsico, incluso los analfabetas. También saben dónde están Irak, Bagdad y los ríos Tigris y Eufrates, lo que les ha ayudado a confirmar lo que les enseñaron a los que llegaron a la secundaria. Y se enteran de que el precio del petróleo sube y baja aunque no les afecte, pues se dedican al cultivo de la papaya, la naranja, la caña de azúcar, el plátano y otras frutas tropicales; o a la cría de ganado de engorda y –por supuesto– al comercio, entre otras actividades. Ahora la gente de Tamazun-



chale sabe dónde están La India, Pakistán, Afganistán y otros países terminados en –tan.

LOS MEDIOS ORALES

Las antiguas provincias culturales y lingüísticas han sido infiltradas por los nuevos medios. Tras la imprenta, los nuevos espacios orales están siendo creados por los medios masivos: por la radio y, sobre todo, por la televisión. A estos medios habría que añadir el más reciente: la red mundial (*world wide web* o WWW), el segmento más importante de internet. Como sabemos, a través de WWW se transmiten no sólo textos, sino voz –se pueden escuchar estaciones de radio de todo el planeta en todo el planeta– e imágenes. Esos medios utilizan, en el caso del español, una lengua que une y comunica a una extensa comunidad. Por primera vez en la historia, hoy podemos escuchar en nuestra casa a hispanohablantes de Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Colombia, Chile, Argentina, España y de otros países, incluso de los Estados Unidos. Los medios nos han puesto en contacto, diariamente, con sonidos y palabras que antes eran desconocidos para la mayoría de quienes hablan español, y sobre todo para quienes no salen de sus aldeas.

La lengua que se transmite por la radio y la televisión de alcance internacional no siempre es un reflejo fiel de la que se escucha en las diferentes regiones de la comunidad hispánica. Por eso resulta difícil saber la nacionalidad de los locutores, actores, comentaristas o conductores de programas. Incluso la pronunciación –que refleja de manera íntima los tonos y sonidos que aprendimos cuando no sabíamos lo que aprendíamos– ha dejado de ofrecer datos confiables en relación con el lugar de nacimiento. Los profesionales de los medios parecen esforzarse en neutralizar o evitar los rasgos lingüísticos característicos de su país o región de origen. Además, en la actualidad hay una gran movilidad geográfica. Las personas, al cambiar de país o región, se adaptan en buena medida a la modalidad de la lengua que se utiliza en su nuevo lugar de residencia. Por otra parte, en países como los Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña o Alemania se producen programas en español hechos por hispanohablantes, muchos de los cuales han adoptado la nueva nacionalidad, si es que no nacieron en esos lugares como descendientes de padres cuya primera lengua era el español.

Nada de esto parece relevante para los responsables de los medios que, incluso, contratan a algunos corresponsales cuya primera lengua no es el español. Lo que les interesa es que tengan buena voz y una pronunciación profesional, no demasiado

marcada desde el punto de vista regional. La lengua que transmiten los medios requiere ser aceptada por la mayor parte de las audiencias. Esa es la condición, y por eso los medios promueven un español estándar, con pocas variaciones en el ámbito de difusión internacional. Los medios orales –como lo han hecho los medios impresos desde el siglo XV, cuando se inventó la imprenta– requieren esa lengua para sus propios fines, entre ellos los comerciales. Consecuentemente, si se pretende investigar el lenguaje que se transmite en el ámbito internacional, es necesario superar las descripciones restringidas a los espacios nacionales o regionales.

Dentro de los diferentes componentes de la lengua –fonético, léxico, sintáctico– hay uno que todos advertimos inevitablemente, pues se presenta minuto a minuto: el fonético. La pronunciación de un locutor o un comentarista puede indicar casi de inmediato a quienes escuchan si esa persona es de su modalidad lingüística o no. El otro componente que puede presentar variación, aunque menos frecuente que la fonética, es el léxico, el sistema más abierto de una lengua. Frente a estos dos aspectos, la sintaxis resulta prácticamente invariable en el español que se usa en los medios de alcance internacional. Me referiré a continuación a los dos primeros componentes para ver en qué medida los medios contribuyen a la unidad de la lengua española, y en qué grado se refleja la diversidad.

LA PRONUNCIACIÓN EN LOS MEDIOS

Es natural que quien cambia de país o región se adapte, en mayor o menor medida, al habla de la nueva comunidad. Esto se advierte claramente en la pronunciación. Los profesionales de los medios, aunque mantienen en alguna medida las inflexiones y los sonidos que aprendieron en su hogar y en su región, prefieren no enfatizarlos para lograr una mayor aceptación por parte de las audiencias. Como he comentado



previamente, los medios internacionales que transmiten en español no parecen preocuparse por la nacionalidad de sus locutores o comentaristas. Por eso no es adecuado describir la pronunciación de acuerdo con la división en países o regiones, pues no existe para los medios de alcance internacional. En cambio, es posible distinguir y caracterizar los modelos fonéticos más importantes, en la medida en que son los que más se escuchan. De acuerdo con esto, se pueden proponer tres variantes o normas principales, que he llamado α , β , γ , y cuyo orden corresponde a su frecuencia de empleo en los programas de difusión internacional que he analizado. Para facilitar la comprensión de lectores no especializados, me basaré en la lengua escrita y su relación con los fonemas del español. Para las transcripciones pondré las letras entre los signos <>, los fonemas entre / /, y las variantes fonéticas entre [].

Para empezar, en español no hay diferencia de pronunciación entre las letras y <v>, que corresponden a un solo fonema /b/; la letra <h> no corresponde a ningún sonido; y la <w> sólo se utiliza en palabras de origen extranjero. Además, en la pronunciación de los profesionales no recogí el fonema que se representa con el dígrafo <ll> (este fonema, pareci-

do al sonido que se escucha en la combinación , como en <el hielo> aparece sólo en algunas regiones aisladas de América y España).

Las normas α y β corresponden a lo que en la tradición hispánica se ha llamado seseo, que consiste en la pronunciación como [s] de los fonemas /s/ y /θ/, como ocurre en Andalucía, Canarias e Hispanoamérica, donde la palabra <suceso>, por ejemplo, se pronuncia [susésɔ]. En cambio, en la norma γ se diferencian esos dos fonemas. Esta pronunciación, conocida como ceseo, se escucha en algunas regiones de España, por ejemplo Castilla, pero –como señale arriba– no aparece en todo el país. Donde se pronuncia el fonema /θ/ (que corresponde a las letras <c> antes de <e, i>, y <z> en los demás casos), normalmente se articula el fonema /s/ con un timbre más grave, sonido que transcribo con [s̄], como en [suθés̄ɔ].

Las normas α y β se escuchan, por ejemplo, en hablantes cultos de las ciudades de México o Bogotá, y de Caracas o Buenos Aires respectivamente, como detallo más adelante. La diferencia principal entre las normas α y β estriba en que en la primera se pronuncia el fonema /s/ en todas las posiciones, como en [aspékto]. En cambio, en la norma β el fonema /s/ se aspira: tiene un sonido parecido al de la <h> en la palabra inglesa <home>. Esta <s> aspirada se presenta con alguna frecuencia en posición final de sílaba o de palabra: [ahpéktoh]. En la pronunciación de los medios el fonema /s/ nunca se pierde, como en el habla popular, donde se escucha a veces [apékto].

Además, en la pronunciación profesional hay dos variantes poco diferenciadas dentro de α , y tres dentro de β . La diferencia entre $\alpha 1$ y $\alpha 2$ estriba en la pronunciación del fonema /j/ (letras <g> antes de <e, i>, o <j> en cualquier posición: <gente, gitano, juego>), que en la primera se articula fricativo [j], como en el habla culta de la ciudad de México: [kája]; y en la segunda un poco abierto [j̄], cercano a la pronunciación bogotana, como en [kája]. Por otra parte, en $\beta 1$ el fonema /n/ final de palabra se pronuncia velarizado [ŋ], es decir, con el posdorso de la lengua contra el paladar (esta pronunciación se escucha, por ejemplo, en los países del Caribe, y en el estado de Chiapas. Es parecida a la de algunos dialectos del inglés en palabras como *going*, *running*); y el fonema /j/ se articula más o menos abierto [h] (la pronunciación [h] se escucha, por ejemplo, en Venezuela, República Dominicana, Puerto Rico y Cuba, o en algunas regiones de México, como en la costa de Tabasco), como en <un hijo>, que se pronuncia [uŋ ího]. Esos sonidos no se presentan en $\beta 2$ ni en $\beta 3$ que, en cambio, se diferencian por la pro-

nunciación del fonema /y/, que es rehilada sonora en β_2 , como en <mayo> [mázo] (la pronunciación rehilada [z] es característica de la ciudad de Buenos Aires, como digo más adelante. Es semejante a la pronunciación de la primera letra de la palabra francesa <jamais>. Se articula con la lengua en contacto amplio y tenso con el paladar, y las cuerdas vocales vibran), y no tensa en β_3 : [máyo].

De acuerdo con lo anterior, si se toma como ejemplo el enunciado *las luces brillan a lo lejos*, la pronunciación correspondiente a cada una de esas normas sería la siguiente:

α_1	[las luses bríyan a lo léjos]
α_2	[las luses bríyan a lo léjos]
β_1	[lah lúseh bríyaŋ a lo léhos]
β_2	[lah lúseh brízhan a lo léxos]
β_3	[lah lúseh bríyan a lo léxos]
γ	[laʃ lúθeʃ bríyan a lo léxos]

Fuera de los medios, para dar algunos ejemplos ilustrativos del habla culta, las norma α_1 y α_2 se escuchan en las ciudades de México y Bogotá, respectivamente; β_1 corresponde al habla de Caracas o La Habana; β_2 a la de Buenos Aires, β_3 a la de Santiago de Chile, y finalmente, γ se escucha en España, en ciudades como Salamanca o Valladolid.

Estos modelos pueden considerarse el estándar de pronunciación de la radio y la televisión, en la medida en que son los que más se escuchan en los programas informativos y deportivos de difusión internacional, o en las telenovelas producidas en diferentes países. El predominio de la norma α_1 se incrementa si se consideran además los doblajes al español de programas culturales o documentales y de series, comedias y películas. Este tipo de pronunciación, además, parece ser el preferido para los anuncios publicitarios de alcance internacional. Hay otros sonidos que, por comparación con los anteriores (que pueden considerarse convergentes) resultan divergentes o no estándar.

Aparte de esto, se dan casos de lo que puede considerarse intersecciones o fluctuaciones de normas. Hay profesionales que pronuncian abierto el fonema /j/ y velarizan el fonema /n/, como en β_1 , pero mantienen la pronunciación plena de /s/, como en α_1 : dicen, por ejemplo, [las lúses bríyaŋ a lo léhos]. Esta pronunciación normalmente corresponde al estilo más formal, el de la lectura en voz alta. Es muy probable que el locutor o comentarista aspire el fonema /s/ en situaciones menos formales, o en su vida cotidiana fuera de los medios. Las pronunciaciones que fluctúan entre dos o más normas se escuchan sobre

Las palabras que se escuchan en la radio y la televisión de difusión internacional pertenecen, casi en su totalidad, al español general: son palabras que todos conocemos

todo en algunas estaciones internacionales de países no hispánicos que se captan a través de la WWW. Es el caso, por ejemplo, de BBC en Español, Radio Francia Internacional o Radio Nederland, empresas cuyos locutores seguramente provienen de diferentes países hispánicos. Esas emisoras parecen tener muy en cuenta a sus audiencias, pues dan la impresión de que buscan un equilibrio entre las tres normas que he descrito antes.

LAS PALABRAS

Las palabras que se escuchan en la radio y la televisión de difusión internacional pertenecen, casi en su totalidad, al español general: son palabras que todos conocemos, como *mesa*, *pan*, *también*, *pensar*, *discutir*, o como todas las que he utilizado para escribir este texto, con la excepción de *jacal*, *metate*, *guajolote*, *petate* y *terracería*, que incluí en mis primeras páginas y que, según parece, se usan solamente en México.

Dentro de ese tipo de vocablos –que llamo ismos– en los medios se utilizan sobre todo neologismos, americanismos y extranjerismos. La mayoría de estas voces, en todo caso, resultan fáciles de comprender. Por ejemplo, todos podemos interpretar sin problemas neologismos –o voces no registradas en las fuentes que consulté– como *antiterrorista* (“la lucha *antiterrorista*”); *cogobernante* (“Es un partido *cogobernante*”) o *extraditible* (“nuevo atentado de los *extraditibles* en Colombia”). También comprendemos sin la menor dificultad americanismos como *balear* (‘disparar balas a alguien’), *golero* (en el fútbol, ‘guardameta, portero’), o *refresquería* (‘lugar donde venden refrescos o bebidas gaseosas no alcohólicas’). Y también nos resultan conocidos extranjerismos como *faul* (‘falta’, sobre todo en el fútbol); *hit*, (en el béisbol, ‘golpe que se da a la pelota con el bate’); o el casi universal *okey*.

Recordemos además que estos vocablos están ubicados en contextos lingüísticos y, en el

Los datos estadísticos del léxico de los noticieros y las telenovelas muestran que los responsables de esos programas están atentos al uso internacional

caso de la televisión, también visuales, lo que apoya su comprensión y, con ella, su difusión. Algunas palabras son tan conocidas que incluso varias de las que recogí ya fueron incluidas en la última edición –la de 2001– del Diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia Española (entre otros vocablos, en esta edición se incluyen *antiterrorista*, que deja de ser neologismo; *balear* y *contras*, sin marca de uso regional; *golero* (uruguayismo); y los anglicismos de origen *look* ‘imagen o aspecto’ (que debió haberse transcrito *luk*, a la española); y *mánager*. Baso todos mis comentarios en la edición 2001 del diccionario de la Real Academia, ya citada, salvo indicación en contrario). Además, los vocablos que no son de uso general se presentan en porcentajes muy bajos dentro de las emisiones internacionales. Como he señalado en otra investigación, en los programas de noticias se recogieron un máximo de 25 palabras de ese tipo por cada 10 mil que se registraron.

La situación es semejante en el léxico de las telenovelas. En las dos que hemos analizado, producidas en México, la frecuencia de los ismos es, de nuevo, muy baja: va de 16 a 34 por cada 10 mil palabras gráficas. Entre esas palabras hay, de nuevo, varias que ya están incluidas en el diccionario de la Real Academia. Algunas son ismos, como el mexicanismo *apapachar* (‘acariciar, consentir’), pero otras son de uso general, como los anglicismos *miss* (‘ganadora de un concurso de belleza’), *show* y *chance* (‘oportunidad, posibilidad’, galicismo en España) y el galicismo *vedette*.

Los datos estadísticos del léxico de los noticieros y las telenovelas muestran que los responsables de esos programas están atentos al uso internacional. Por eso se esfuerzan para utilizar ese tipo de palabras, pues son las que aseguran el mayor grado de comprensión por parte de sus audiencias. Algo semejante ocurre en los programas informativos de BBC, Radio Francia o Radio Nederland. Aunque no cuento por ahora con resultados estadísticos, los programas que he escuchado me dan la impresión de que, de nuevo, el léxico es esencialmente de nivel internacional. A esta convergencia léxica habría que añadir los programas culturales doblados al español de canales como “Discovery”, “The History Channel” o “The Animal World”.

OPINIONES, RAZONES, DECISIONES

Imaginemos lo que puede suceder en una comunidad de cerca de 400 millones de personas que piensan, hablan, escriben y sueñan en español. Recordemos, además, que hablamos en voz alta y en voz baja, en la calle, en la cocina, en el coche, de día

y de noche, con luz y sin luz. Pensemos en que nos comunicamos con personas de diferentes edades y condiciones sociales, directamente o por teléfono, carta, fax, e incluso por correo electrónico. ¿Quién puede decidir cómo debemos hablar a todas horas con todos?, ¿cómo se puede impedir que digamos lo que sea como sea? Por supuesto, no hay organismo ni institución que pueda lograrlo, mucho menos una sola persona. Ni siquiera los ministerios de Hacienda pueden conseguir que todos los que deben hacerlo paguen sus contribuciones. La unidad lingüística, sin embargo, existe. Ese milagro se logra entre todos, a través de la sanción o el consenso. Hay sanción cuando una madre dice a su hijo: “¡Niño! ¡No se dice *cabó!* ¡Se dice *quepo!*!”; o cuando un profesor explica a sus alumnos que no se dice *haiga* sino *haya*, porque es de uso más general. Hay, en cambio, consenso cuando se escuchan a través de los medios términos como *fundamentalismo* o *fundamentalista*, palabras no registradas en la edición anterior del diccionario de la Real Academia (21ª edición, 1992), que terminan por ser aceptadas por toda la comunidad y, como consecuencia, por ser incluidas en la última edición del diccionario.

El cambio es un proceso largo que requiere ser difundido y aceptado por los hablantes. No es una decisión que pueda tomar una sola persona. No obstante, hay quienes quieren o intentan hacerlo. Tal parece ser la actitud de algunos con pretensiones de eruditos. En las reuniones sociales de amigos no falta alguien que, para hacer gala de su sabiduría, advierta que en la televisión se habla muy mal el español. Y, por supuesto, da ejemplos del mal hablar. Señala, por ejemplo, que se debe decir “Le obsequió con un regalo”, y no “Le obsequió un regalo”. En realidad las dos formas son usuales e incluso la segunda parece ir desplazando poco a poco a la primera.

Muchos de los críticos parecen rechazar todo cambio, toda divergencia de un modelo ideal de lengua que se mantiene pura e invariable. Resulta que, en esto de la corrección idiomática todos, de manera inevitable, nos metemos en problemas. Por ejemplo, los mexicanos decimos, prácticamente de manera exclusiva, “tortillas calientitas”, cuando la forma académica es *calentitas* (se dice *calentador*, no *calientador*, porque en estos casos la *e* se vuelve *ie* sólo cuando lleva acento de intensidad); *camión* en lugar de *autobús* u *ómnibus*; *mande usted* (aunque se hable de “tú” al interlocutor); *¡sale!*, *¡órale!*, *¡a poco?*, y muchas expresiones más que no son académicas ni de uso internacional, pero que son correctas dentro del país, simplemente porque son usuales, porque nadie las nota, por eso nadie se sonroja al escucharlas.



Hay sanción cuando una madre dice a su hijo: “¡Niño! ¡No se dice *cabó!* ¡Se dice *quepo!*!”; o cuando un profesor explica a sus alumnos que no se dice *haiga* sino *haya*, porque es de uso más general

Lo único que cabe añadir a esto es la necesidad de que los diccionarios incluyan también españolismos como *ordenador*, *mechero*, *cacahuete*, *jersey* (suéter, decimos en México), *bragas* (calzones para mujer), para superar las posiciones que favorecen una sola modalidad por motivos ideológicos y económicos

La variación es parte de la naturaleza de toda lengua viva. Lo único que puede decirse al respecto es que hay modalidades lingüísticas que varían menos que otras. Pero incluso los modelos más estables –los que se muestran en los medios escritos u orales– se modifican, pues de otra manera no podrían servir para hacer referencia a las nuevas realidades.

En el ámbito internacional lo que procede –como lo muestran los sonidos y las palabras de los medios– es buscar la convergencia basada en diferentes modelos, y no en uno solo, como en la época colonial. Como he mostrado, en lo que respecta a la pronunciación hay tres normas básicas que, por supuesto, tienen raíces históricas en la lengua española. Los medios, al emplear esos tres modelos α , β , γ , sólo están reflejando la pronunciación de sus diferentes audiencias.

En el nivel del léxico la convergencia –la unidad lingüística– parece aún mayor. La casi totalidad de las palabras que encontramos en nuestras investigaciones son de uso general en la lengua española. Frente a esto, los mexicanismos, argentinismos, extranjerismos y demás ismos son muy escasos. Lo único que cabe añadir a esto es la necesidad de que los diccionarios incluyan también españolismos como *ordenador*, *mechero*, *cacahuete*, *jersey* (suéter, decimos en México), *bragas* (calzones para mujer), *moqueta* (alfombra) o *piso* (departamento o apartamento, la palabra de uso más general en los países hispánicos) para superar las posiciones que favorecen una sola modalidad por motivos ideológicos y económicos.

Quienes deben tomar decisiones respecto al sinónimo que conviene usar a nivel internacional podrían escoger –de acuerdo con su espacio de difusión– la variante geográfica más adecuada para sus audiencias. Por ejemplo, el españolismo *mechero* tiene los sinónimos *encendedor*, *fosforera*, *lighter* o *yesquera*. En este caso la selección sería *encendedor*, que se usa en 19 países, con el 95% de la población (la palabra, por cierto, cada vez se emplea más en España). En el caso de *cacahuete* –españolismo con pronunciación extraña frente a *cacahuete*, mexicanismo de uso y de origen– el término más generalizado parece ser *maní*. Las palabras de uso más extendido, además, servirían de base para la unidad léxica del español. Sería una solución equitativa, pues no se buscaría imponer un solo modelo.

OTRA VEZ, LA ALDEA GLOBAL Y LA ALDEA LOCAL

Los medios enfrentan el reto de construir y mantener una lengua estándar en sus espacios de difusión. No creo en la necesidad de



imponerles, desde el ámbito académico, determinados modelos del supuesto hablar correcto. No es necesario hacerlo porque a los medios les conviene mantener la unidad de la lengua para lograr una comunicación adecuada con sus audiencias, cada vez mayores. Ésa es su responsabilidad.

Quienes usan la lengua en los medios –escritores, locutores, comentaristas, actores– tienen, para empezar, que desarrollar una mayor conciencia, un mayor conocimiento del idioma. Esa conciencia es la que puede llevarlos a alcanzar el consenso lingüístico en los ámbitos local, nacional o internacional. En este último espacio, el más extenso, los medios orales pueden promover la unidad del español hablado, así como la imprenta lo hace para la forma escrita. Pero esa unidad, reitero, no significa la imposición de un solo modelo. El español culto universal debe concebirse como la unión de las diversas posibilidades que ofrece nuestra lengua. Se trata de respetar todas las variedades y de construir el español internacional entre todos, de manera que se enriquezca con lo propio y lo ajeno.

En la actualidad, como he dicho, podemos escuchar todos los días diferentes modalidades del español a través de la televisión, la radio y la WWW. Además, fuera de la comunidad hispánica, hay otras empresas que difunden en español y cuyos comentaristas o locutores provienen de distintas regiones hispanohablantes. Esas estaciones de radio o televisión –paradójicamente– difunden un español más internacional que el que se escucha en las transmisiones generadas en los países hispánicos.

La lengua escrita nos ha ubicado siempre en un espacio internacional. En la actualidad, gracias a los nuevos medios orales, estamos inmersos en varios niveles de identidad. Escuchamos sonidos y palabras de uso internacional, nacional y local. Ahora en mi tierra hay una estación de radio que transmite no sólo en español, sino también en náhuatl, la lengua indígena predominante en la región. Además, la estación de televisión por cable difunde programas internacionales y nacionales, pero también sus propias producciones, sobre todo noticias locales. En mi última excursión al cerro de La Cruz oí de nuevo una radio que tenían unos campesinos que estaban sembrando. Una voz profesional decía:

Se avisa a los que vendan naranja que la están comprando en las bodegas de Tamazunchale. Los que la traigan de Mecatlán, tengan cuidado al cruzar el arroyo porque, aunque ya dejó de llover, todavía está muy crecido, y ya se han ahogado varias vacas. Si no quieren cargar la naranja, pueden dejar los costales en la carretera y esperar a que pasen los camiones.

Después de un momento seguí caminando y llegué otra vez al caserío que está al pie del cerro. Una señora salió de su jacal

El español culto universal
debe concebirse
como la unión de las diversas
posibilidades que ofrece
nuestra lengua

para ver quién era yo. Me saludó y me dijo que pasara, que si quería tomar un poco de agua. Entré. Cuando estaba adentro tomando agua fresca que ella había traído del manantial, escuché y vi ilustradas las noticias de la región que transmitía un canal de televisión local. Decían:

En estos días de tanto calor la gente no sale de los ríos y los arroyos. Se la pasan bañándose todo el día y comiendo enchiladas y cecina. Eso es peligroso, porque no se debe nadar cuando uno acaba de comer, pero así es la gente. Por más que se les explica no hacen caso.

Al escuchar todo esto recuperé mi identidad más íntima: la que adquirí cuando aprendí a hablar, cuando todavía no sabía leer ni escribir, ni sabía que mi lengua materna era el español. Más allá de eso, ahora las imágenes, los sonidos y las palabras de mi niñez están a mi alcance desde cualquier lugar del mundo, a través de la red globalizadora. Ahora se puede ver en la pantalla de una computadora el cerro

de La Cruz, como fondo de una foto del río que pasa bajo el puente de Tamazunchale. Basta con visitar www.huasteca.com.mx/index.htm (San Luis Potosí, Municipios, Tamazunchale). Desde el portal se puede tener acceso a “Huasteca Radio Internet”. También puede tenerse acceso a noticias de Tamazunchale en www.tamazunchale.gob.mx. Gracias a los nuevos medios podemos situarnos en los espacios más cercanos, donde aprendimos un idioma que, en los espacios más amplios, nos permite escuchar y entender a personas que nunca habíamos visto. Así, gracias a las palabras, los desconocidos se vuelven conocidos. Después de todo, somos un mismo pueblo pues usamos una misma lengua.

Bibliografía

(La mayor parte de esta bibliografía complementaria se relaciona con el proyecto “Difusión Internacional del Español por Radio, Televisión y Prensa”: véase una descripción detallada en <http://www.colmex.mx/personal/cell/ravila/index.htm>).

Ávila, R. (1998), “Españolismos y mexicanismos: hacia un diccionario internacional de la lengua española”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México), XLVI, 2, págs. 395-406. Puede verse también en <http://www.colmex.mx/personal/cell/ravila/index.htm>. [03.09.12].

Ávila, R. (1998), “Televisión internacional, lengua internacional”, *La lengua española y los medios de comunicación. Primer congreso internacional de la lengua española, Zacatecas, México, 1997* (México, Siglo XII-Secretaría de Educación Pública-Instituto Cervantes), págs. 911-930. Véase también en <http://www.colmex.mx/personal/cell/ravila/index.htm>. [03.09.12]

Ávila, R. (en prensa), “La pronunciación del español: medios de difusión masiva y norma culta”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México).

Ávila, R. (1997), “Variación léxica: connotación, denotación, autorregulación”, *Anuario de Letras*, México, XXXV, págs. 77-102.

Barahona Novoa, Alberto (1996), *Léxico básico de la radio costarricense*, San José, Universidad de Costa Rica [tesis de maestría].

Cebrián Herreros, M. (1998), “La lengua en la información televisiva (nuevos territorios del espa-

ñol)”, *La lengua española y los medios de comunicación. Primer congreso internacional de la lengua española, Zacatecas, México, 1997* (México, Siglo XII-Secretaría de Educación Pública-Instituto Cervantes), págs. 1043-1065.

Florián, María Loreto (1999), “El léxico de la televisión [española]” en las *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, del 22 al 27 de julio de 1996* (Las Palmas de Gran Canaria), págs. 1007-1014.

Ruiz Martínez, Ana María (1999), “Evaluación de la riqueza léxica y caracterización del vocabulario en la radio española”, en las *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, del 22 al 27 de julio de 1996* (Las Palmas de Gran Canaria), págs. 1265-1271.

López González, Antonio María (2001), *El lenguaje radiofónico de la ciudad de Almería. Estudio sociolingüístico*; Almería, Universidad de Almería [tesis de doctorado].

Parra, Marina y Carolina Mayorga (1995), *Difusión internacional del español por radio, televisión y prensa*, Colombia, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Vaquero de Ramírez, María, “Dialectalismos de Puerto Rico en una muestra de televisión”, *Anuario de Letras*, México, XXXV, págs. 553-562.

Este texto es una versión resumida y adaptada de “Espacios, convergencias y divergencias: lengua y medios”, que se publicará en el Homenaje a José Joaquín Montes, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

Raúl Ávila es profesor-investigador de El Colegio de México, miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Academia Mexicana de Ciencias. Tiene más de 130 publicaciones, entre las cuales están el *Diccionario inicial del español de México y la lengua y los hablantes*. Ha dado cursos y conferencias en diferentes países de América, Europa, África y Asia. Actualmente coordina el proyecto internacional Difusión del Español por los Medios. Para más información y para ver algunas de sus publicaciones, puede consultarse su página web: <http://www.colmex.mx/personal/cell/ravila/index.html>
ravila@colmex.mx